

«La Ciudad de Dios»: evocación centenaria en El Escorial

Cumple cien años «*La Ciudad de Dios*», revista científica del Real Monasterio de El Escorial (España). Agradecido por la fraterna hospitalidad de «*Agustiniana*», comentaré este centenario escurialense con algunas consideraciones y datos, a modo de presentación general. Describiré con brevedad las etapas y temas principales, incidencias y cambios, etc. de la revista. Otros instrumentos permitirán al lector ampliar el resumen, la visión panorámica que aquí intento dar¹).

A. HISTORIA: PERÍODOS Y DATOS

Como primera aproximación, he aquí una serie de observaciones y datos, introduciendo algunos períodos convencionales en el recorrido de cien años. A lo largo de ellos, la revista asumió diversas preocupaciones de ciencia y cultura, relacionadas, de algún modo, con sus mismos cambios de título.

I. «Revista Agustiniana»: 1881-1887 (vols. I-XIII)

La revista apareció por primera vez con ese nombre el 5 de enero de 1881 por iniciativa de Tomás Cámara y Castro²). Se publicaba en el Real

¹) La revista misma narró su propia historia en varios momentos. Véase uno de ellos en C. MUIÑOS SAENZ, «Las Bodas de Plata de La ciudad de Dios», en *La ciudad de Dios*, 66 (1905), pp. 8-32; 69 (1906), pp. 5-17. El autor, testigo presencial de cuanto afirma, describe los pasos iniciales de la revista, su evolución posterior y la figura de sus primeros colaboradores. Véase también la obra en colaboración: *Los Agustinos y el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (1885-1910)*, Madrid 1910. Para la biografía y escritos de los colaboradores, cf. A. LLORDÉN, «Biobibliografía agustiniana escurialense», en la obra en colaboración: *La Comunidad agustiniana en el Monasterio de El Escorial. Obra cultural (1885-1963)*, El Escorial 1964, pp. 217-694. Hay en toda esta obra elementos varios para conocer indirectamente la revista. Más pertinente y analítica: T. ALONSO TURIENZO, *Índices de «La ciudad de Dios», 1881-1960*, El Escorial 1961. Mientras redacto la presente nota, una «depurada» comisión estudia los contenidos de la revista durante estos cien años y prolonga sus índices hasta este momento. Aparecerá como volumen extraordinario de la revista a finales de 1981. En lo sucesivo de este trabajo, abreviaré así: RA. = Revista Agustiniana; CD. = La ciudad de Dios.

²) Tomás Cámara y Castro es, sin duda, uno de los más distinguidos agustinos de España, animador de su reforma cultural desde la segunda mitad del siglo XIX. En la

Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid. Los frailes eran bien conocidos en España, tanto por el gran arquitecto de su Colegio (Ventura Rodríguez, siglo XVIII) como por su actividad civilizadora en el Extremo Oriente, iniciada en Filipinas por Andrés de Urdaneta en el siglo XVI. Durante este primer período, la revista será mensual, correspondiendo a cada año dos volúmenes de seis números cada uno. Se eligió para su comienzo la fecha del 5 de enero previendo que, con rigurosa exactitud y regularidad, viniera a coincidir también con el 5 de mayo, festividad entonces de la conversión de S. Agustín. Esta era, precisamente, una de sus finalidades iniciales: actualizar la figura del Doctor Hiponense y dar relieve a la fecha centenaria de su conversión (1887). La revista anunciará el evento y convocará un certamen artístico-doctrinal con ese motivo.

En la primera presentación, se indicaba ya su finalidad general: «asuntos de la Orden». Su circulación sería sólo interna. De la Orden serían, a la vez, redacción, escritores, temas y lectores. La estructura misma subrayaba ese fin. Sus cinco secciones se ocupaban casi exclusivamente de temas, noticias, etc. de la Orden.

Muy pronto, sin embargo, la redacción de la revista percibió la angostura de tal visión, en una época marcada por el auge y nueva amplitud de las comunicaciones (teléfono, telégrafo, ferrocarril, buque de vapor...) y de intercambio rápido y universal de las ideas. En 1883, la revista inicia un proceso ininterrumpido de apertura temática que llegará, incluso, a ser excesiva. Un editorial de ese mismo año replantea la orientación. Sin abandonar la problemática interna, la revista «tomará más universal carácter con las varias secciones que en forma precisa hemos de ofrecer...»³). Desde el volumen V, n. 2, de 1883, la ampliación temática se hace efectiva en estos sentidos: 1) con artículos de actualidad cultural y científica; 2) mediante un boletín permanente de documentación jurídica, mayormente canónica y, en menor medida, también civil; 3) abriendo tres grandes ventanales a los acontecimientos del día con su «Crónica científica» (llamada luego «Revista científica»), «Crónica Agustiniana» (suprimida desde 1887) y «Crónica universal o general».

ciudad de Salamanca, de la que fue célebre obispo a raíz de fundar la revista, es cuya la cuarta estatua de un agustino (las otras tres son de S. Juan de Sahagún, patrono de la ciudad, Sto. Tomás de Villanueva y Fray Luis de León). Escribió abundantemente en RA. (= Revista Agustiniana) y en CD. (= La ciudad de Dios). A su muerte, le fue dedicado un número extraordinario: CD., 64 (1904), pp. 177-262. Véase también CD., 159 (1947), pp. 7-56.

³) RA., 5 (1883), p. 9.

Estas «crónicas» darán a la revista un notable valor periodístico y harán de ella un importante boletín de información histórica, cultural y científica. Pero sufrirán variaciones. Anotaré aquí sólo las más importantes.

La «Revista canónica» informa de actos y documentos más notables de las Congregaciones romanas sobre liturgia, derecho canónico y moral. Con periodicidad variable, la sección permanecerá prácticamente ininterrumpida hasta 1943. La cuidará una serie sucesiva de catorce redactores de la misma. Con frecuencia, se abrían debates y consultas sobre un determinado tema⁴). Es, pues, una sección viva que, al ritmo mensual o quincenal de la revista, sirvió a muchos para mantenerse al día en ese temática. Además, la revista publicó, en el original latino, en traducción o en edición bilingüe, todos los documentos pontificios más importantes desde León XIII a Pío XI. Y publicará también documentación jurídica relativa a la vida política española, a veces en forma de comentario o juicio crítico (más o menos oportuno).

La «Revista científica» es un serio intento de aproximación a uno de los aspectos más relevantes del venerable siglo del vapor: la invención científica. Esta sección perdurará hasta 1928. Se recoge en ella la más variada gama de descubrimientos o adelantos en ciencia experimental, teórica o aplicada, de cualquier rincón del mundo. Probablemente, sus redactores se sirvieron no poco de la *Revue des questions scientifiques* y órganos científicos equivalentes. Se trata, por lo general, de informes breves, a veces ligeramente comentados, pretendiendo más bien la divulgación del saber y sus nuevas aplicaciones. Trece distintos colaboradores se sucederían en la responsabilidad de esta sección que llegaría a publicar 1051 notas de viva actualidad científica⁵). Dos aspectos habría que subrayar aquí. Primero, la apertura de la redacción a un importante aspecto de aquella época. Y, segundo, su utilidad para lectores no especializados, ampliando su «humanismo», en un momento en que los órganos de información científica tienen todavía número y circulación limitada y restringida.

La «Crónica universal o general» expresa el decidido propósito de

⁴) En total, la revista publicó 1284 exposiciones temáticas y más de 500 resoluciones sobre cuestiones y «dubia», elevados a las Congregaciones, o decretos emanados de ellas.

⁵) Resulta no poco sorprendente y curioso repasar los contenidos de esta sección en una revista más bien profesional de las letras. Para una enumeración detallada, cf. T. ALONSO TURIEÑO, *Indices...*, cit. supra, nota 1, pp. 250-273.

asistir despiertos a la historia de entonces e inmergirse en el decurso vivo del tiempo. En subsecciones variables (fijadas luego en dos: «Extranjero» y «España»), quedan reflejados los hechos de mayor significado y relieve en la vida mundial y española entre 1883 y 1941. La importancia del período es obvia. Pero la revista añade un nuevo interés para el lector de hoy: allí no se narra; se «ve». Es decir, se selecciona la noticia y se valora con determinados criterios de «lectura histórica», más o menos pertinentes. En todo caso, la función periodística de esta sección es manifiesta, habida cuenta de su vivo ritmo mensual o quincenal. Hay, pues, en la colección de la revista todo un cúmulo de informaciones junto a una peculiar interpretación de la historia. Cabe siempre formularse la pregunta por su mayor o menor grado de acierto. De momento, consignamos el hecho y su valor relativo: el testimonio directo de toda una época y su sensibilidad al tiempo. Hay en ello un cierto compromiso con la historia que remeda, de algún modo, el de Agustín de Hipona en su *Ciudad de Dios*.

Junto a estos informes, la revista incluyó noticias sobre la Orden, especialmente en España y Filipinas. Acontecimientos grandes o mínimos eran puntualmente recogidos por T. López en la «Crónica Agustiniiana». En períodos posteriores, se introducirían nuevas «crónicas» a que nos referiremos después.

Antes de abandonar este período, es forzoso reseñar otro hecho importante, germen de nueva ampliación temática en la revista e indisolublemente vinculado en el futuro a su quehacer: la entrada de los Agustinos de Valladolid en El Escorial, el 10 de agosto de 1885⁶). La revista se hará eco inmediato del hecho ese mismo año y en 1886⁷). El

⁶) El prestigio de la Orden en la España de entonces era grande, en razón, sobre todo, de su acción eficaz en Filipinas. Cuando las colonias españolas de Sudamérica se independizaban una tras otra, los políticos de entonces respetaron ese aspecto misionero, pese a la política persecutoria contra las órdenes religiosas bajo los «encantos» del llamado progresismo liberal que las expulsó o desposeyó de sus bienes. Otro importante efecto (negativo) de esa alocada política, junto al cambio romántico en los gustos y vigencias estéticas, fue el abandono extremo en que quedó sumido el edificio escorialense, carente de atenciones materiales y culturales, desprovisto de adecuados moradores. Extinguida la orden jerónima, fiel custode del edificio desde su fundación, no faltaron políticos que, en la década de 1850 movieron gestiones para que los Agustinos fueran ya entonces los moradores de El Escorial. La Orden, sin embargo, acogió con frialdad la propuesta que quedó sin efecto, tras amplia consulta entre los responsables del gobierno de la provincia «filipina». Sobre todos estos puntos, cf. G. DE ANDRÉS, «Primer ofrecimiento del Monasterio de El Escorial a los Agustinos en 1855», en CD., 176 (1964), pp. 722-757.

⁷) Cf. RA., 10 (1885), pp. 278-280; J. PÉREZ DE GUZMÁN, «Instalación de los Reverendos PP. Agustinos de las misiones Filipinas en el Real Monasterio del Escorial», en RA., 11 (1886), pp. 129-136.

efecto que producirá en la revista lo indicaremos a lo largo de estas páginas. Y aludiremos también a los temas prevalentes en este período⁸⁾. Subrayaremos ya aquí la originalidad con que la revista ensaya por sí misma su propio modelo y estructura. Ella era la primera de una orden religiosa en España, una de las primeras de su orientación y a veces incluso única. Abrió el camino que otras andarían después, beneficiándose estas últimas de sus ensayos.

II. «La ciudad de Dios»: 1887-1927 (vols. XIV-CLI)

El año 1887 marca un recodo en la historia de la revista. Aparecen en él dos volúmenes: el 13 y el 14^o). El primero se presenta como culminación de una etapa. El segundo abre la conciencia de un nuevo período. Describo ambos volúmenes y todo este nuevo período.

Del volumen 13 diré solamente que culmina el intento originario de la revista: poner de relieve la figura de S. Agustín en el centenario de su conversión. Es volumen extraordinario en sus páginas 389-600, con estudios sobre el pensamiento del santo Doctor y una extensa crónica de los actos científico-literarios, artísticos y litúrgicos¹⁰⁾.

Lograda esa meta, el volumen 14 (número 78, año VII) inicia un nuevo período, subrayado por el primer cambio de título. La revista se

⁸⁾ He aquí un cuadro de datos históricos, útil como referencia para cuanto habré de decir. El 4 de junio de 1885, los Agustinos aceptaron el compromiso de morar en El Escorial y custodiarlo. Entraban allí el 10 de agosto del mismo año. La propuesta venía de Alfonso XII, el restaurado rey borbónico (en 1874), quien fundó, en 1875, el Real Colegio de su mismo nombre y del que se hicieron cargo los Agustinos también en 1885. El 1 de junio de 1886 se hacían igualmente cargo de la Real Biblioteca cuya investigación habría de llenar tomos de «*La ciudad de Dios*». En 1890 la revista sale ya desde El Escorial. En 1893 se fundó el Real Colegio de Estudios Superiores de María Cristina. Y en 1895 se funda la Provincia Matritense del Sagrado Corazón de Jesús. A ella queda encomendada la custodia de El Escorial. «*La ciudad de Dios*» pasa a su propiedad. La provincia de Filipinas funda entonces una nueva revista de notable vitalidad: «*España y América*». Esta sigue curso independiente de «*La ciudad de Dios*». Pero en 1928 se unieron ambas, con el título de «*Religión y Cultura*», como diré después. Para más datos, cf. D. PÉREZ DE ARRILUCEA, *La Provincia Agustiniense Matritense del Sagrado Corazón de Jesús. Reseña histórica desde 1895 hasta 1933*, Madrid 1973.

⁹⁾ Procuraré evitar la enojosa lectura de cifras romanas, convirtiéndolas, normalmente, en arábigas al indicar los volúmenes de la revista. Conservaré la numeración romana sólo en casos más especiales.

¹⁰⁾ Esa crónica ocupa las páginas 577-600 del volumen 13. El hecho tuvo una resonancia tal que la crónica se prolongaría en otros trece artículos más de los volúmenes 14-15. Su amplio eco en la prensa nacional e internacional, la masiva afluencia de personas en El Escorial, etc. marcan todo un cambio hacia la recuperación del centro escorialense como lugar cultural, bajo la acción de sus nuevos moradores.

llamará desde ahora «La ciudad de Dios». Las páginas 5-8 definen el nuevo programa de la revista para una nueva época. No se trata de un cambio total. De hecho, hasta la numeración de volúmenes es continua. Adopta la anterior estructura y sus crónicas, a excepción de la «Crónica Agustiniiana» que ahora desaparece juntamente con el viejo título de la revista, sustituido por otro «que a su carácter más universal reuniese la circunstancia de suficientemente expresivo»¹¹). Será símbolo de una «lucha científica» por el *amor Dei*. Vieja contienda que los redactores — en realidad, C. Muñón Saenz — descubren ya en el propio S. Agustín y sus dos ciudades, levantadas sobre dos amores en pugna¹²). Talante apologetico que tenderá a desaparecer lentamente de la revista.

Este período de cuarenta años (1887-1927) es de intensa actividad. Durante todo él, la revista acelera aún más su ritmo periódico y pasa a ser quincenal. Varía, no obstante, la correspondencia entre años, volúmenes y números¹³). Muchos eran ya los frentes que había de cubrir. Y ahora añade otros más. Viene, en primer lugar, la sección «Revista de revistas» que se une a la «Bibliografía», aunque concluirá en 1907. Más importante: la revista se hace ahora portavoz de la investigación sobre El Escorial, un aspecto que en estos años dará pasos definitivos. Antes de finalizar el siglo XIX se afirmaría ya con fuerza¹⁴). A comienzos del

¹¹) CD., 14 (1887), p. 6. Esa apertura de máxima amplitud y «universal interés» la subraya todavía el siguiente párrafo: «Teología, filosofía, historia, crítica, ciencias naturales, artes, literatura: todos los ramos de los conocimientos humanos están en su programa, sin más limitaciones que las que a los redactores imponen su amor a la verdad y su conciencia de católicos» (p. 7).

¹²) La revista surge en un momento de fuerte secularización. Por eso, los párrafos que comentamos han de leerse en su propio contexto cultural. Son de una marcada militancia teórica por «el partido de la Ciudad de Dios». Abren un programa apologetico en el mismo terreno de la discusión: el saber científico en toda su amplitud. Esa intención apologetica marcará límites al estricto rigor científico en multitud de páginas de la revista.

¹³) La esquematizamos para el lector interesado en este detalle: a) vols. 15-83 (1888-1910): quincenal, en tres volúmenes por año y ocho números por volumen; b) vols. 84-151 (1911-1927): quincenal, en cuatro volúmenes por año y seis números por volumen. Cada volumen de un mismo año lleva paginación independiente. Sumadas las páginas, por ejemplo, de 1902, arrojan un total de 2152 páginas. En sólo estos cuarenta años, aparecieron 140 volúmenes de la revista.

¹⁴) El variado mundo cultural escurialense comenzó a recibir estudio técnico precisamente en las páginas de «La ciudad de Dios». Salvo raras excepciones, comenzó por la Real Biblioteca. Durante los últimos decenios del siglo XIX, aparecieron ya largas series de estudios sobre sus fondos, en estos aspectos: a) edición de textos, medievales o del siglo XVI, doctrinales, históricos, biográficos o literarios; b) estudios y textos rabínicos (F. Pérez Aguado); c) manuscritos árabes (J. Lazcano, 1896-1899); d) estudios bibliográficos (B. Fernández, 1892-1895); e) numismática (M. Fraile Miguélez, 1887-1889); f) archivo musical (L. Villalba, 1896 ss.). Se puede afirmar que «La ciudad de Dios», con estos estudios, hizo de la Real Biblioteca Laurentina una de las más madrugadoras del mundo en

actual, se redobra en toda su amplitud. Indicio de ello es otra nueva sección de la revista: «Crónica de la Real Biblioteca Escorialense», abierta en 1901 y cuidada por el notable bibliógrafo B. Fernández Álvarez. Se proponía reunir toda clase de datos útiles para la historia pretérita y actual de la Real Biblioteca¹⁵).

Con este espíritu de continuo cambio y ampliación, la revista celebra —en 1906— sus bodas de plata. En una mirada retrospectiva, se autofelicita por haber logrado subsistir, describe su propia historia y ofrece biografías y datos de sus primeros colaboradores¹⁶). Oye también laudes que en ese momento le entonan desde el exterior¹⁷).

Con todo su frente de divulgación cultural e investigación, la revista avanza sin novedad hasta 1928 en que cambia nuevamente su título y algunos detalles más.

III. «Religión y Cultura»: 1928-1935 (vols. I-XXXI: numeración independiente)

La unión de «*La ciudad de Dios*» con la revista hermana «*España y América*», en 1928, dio lugar a este tercer momento de la revista y a su segundo cambio de título, «*Religión y Cultura*». Dos motivos inspiraron su fusión: unir fuerzas, y celebrar con decoro científico el XV centenario de la muerte de S. Agustín (1930). La propia revista presenta este nuevo período¹⁸). Ocho años duró esta época. Durante ella, la revista fue mensual. Y aparecieron treinta y un volúmenes, de numeración independiente, que han de sumarse a todos los restantes de la colección. No sufre con ello interrupción alguna ni cambio básico de orientación. Continúan presentes en ella sus principales temas de cultura e investigación. Junto al estudio de viejos problemas, la revista redobra su atención a la actualidad: la legislación civil española, el acontecer político y social, nuevo

el estudio actualizado y técnico de sus fondos. Observamos, de paso, que sus fondos árabes habían sido ya rigurosamente estudiados, descritos y extractados en el siglo XVIII por M. Casiri (vols. I-II, Madrid 1760, 1770), dando un decisivo impulso a la islamología en Europa.

¹⁵) Véase la presentación descriptiva de esa «Crónica» en CD., 54 (1901), pp. 221-222. La crónica como tal concluyó en 1904. Pero continuó en cierto modo en las prolongadas series de estudios sistemáticos del propio B. Fernández durante los primeros decenios del siglo, juntamente con los de otros varios investigadores.

¹⁶) Véanse artículos de C. Muiños Saenz, cit. supra, nota 1.

¹⁷) Cf. CD., 69 (1906), pp. 611-616, donde recoge, comentado y traducido un artículo laudatorio y sin firma, aparecido en *Augsburger Postzeitung*, 18/II/1906, con el título: «Ein Jubiläum jenseits der Pyrenäen».

¹⁸) Cf. *Religión y Cultura*, 1 (1928), pp. 1-4.

acento literario, temas del día, movimiento bibliográfico... La estructura básica de la revista durante esta etapa la daría el volumen primero, distribuido así: a) artículos; b) notas y comentarios; c) estudio de libros; d) bibliografía; e) legislación eclesiástica; f) legislación civil; g) revista de revistas; h) efemérides; i) necrología; j) libros recibidos. Es de advertir, sin embargo, que esta estructura es un tanto fluida. Se mantiene poco precisa e, incluso, con cierto desorden. Este hecho contribuyó a desdibujar un tanto sus fines y metas, su precisa orientación a ojos del lector.

Debe subrayarse el informe permanente, de F. García, sobre la literatura española de la época, en diversas secciones, amplias reseñas de obras o en comentarios de diverso tipo. Descuellan por su conjunto los estudios de F. Rivas Moreno sobre temas socioeconómicos y políticos. De este mismo autor es también una especie de «crónica», variable en la estructura de la revista, sobre: «cuestiones sociales», «problemas sociales», «problemas agrícolas». Aflora en algunos momentos un intento de «crónica americana» y «crónica de arte». Pero no mantienen la continuidad, quizá por lo excesivamente heterogéneo y amplio que viene resultando ya el campo abarcado por la revista. El interés de ésta no decae. Leída hoy, refleja en sus páginas la preocupación investigadora de los redactores, un gran momento cultural español y la aguda crisis política de los años treinta. La unión de 1928 concluye en 1936. El volumen 152, de este año, retoma su título más propio de «*La ciudad de Dios*». Lo mantendrá hasta hoy, una vez reemprendida la marcha, en 1941, tras el único y obligado paréntesis de toda su historia.

IV. Interrupción: septiembre de 1936-mayo de 1941

Apenas había reanudado su título de «*La ciudad de Dios*» — volumen 152 (1936)— la revista se ve forzada a interrumpir su marcha. Es la única vez en todos sus cien años. La guerra civil española supuso para ella lo que el conflicto mundial para otros instrumentos científicos similares del resto de Europa: suspender la plana y callar.

V. Reparición: mayo de 1941, hasta hoy (vols. *CLIII*² y ss.)

Recapitulemos brevemente. El año 1927 aparecieron cuatro volúmenes de «*La ciudad de Dios*»: los numerados desde el 148 al 151. Tras el cambio de nombre, «*Religión y Cultura*», con numeración independiente, salieron en 1936 dos volúmenes con el viejo título de «*La ciudad de Dios*»: el 152 y el 153¹. En 1941, la revista reemprende su marcha, como

si nada hubiera pasado, con un sereno «Decíamos ayer...»¹⁹⁾. Para completar el segundo volumen de 1936, repite ahora, en 1941, el mismo número: 153². A partir de entonces (1942 y siguientes), cada volumen corresponderá a un año, excepto en algún caso especial a que aludiremos después. Para ver con nitidez este complejo período, propongo el cuadro siguiente:

1927 = vols. 148-151: «*La ciudad de Dios*»

1928-1935 = vols. 1-31 (numer. nueva): «*Religión y Cultura*»

1936 = vols. 152-153¹: «*La ciudad de Dios*»

1936-1941 = Interrupción

1941 = vol. 153²: «*La ciudad de Dios*»

1942 ss. = vols. 154 ss.: «*La ciudad de Dios*».

Circunstancias diversas han motivado en esta época frecuentes cambios de periodicidad. Hasta el volumen 168 (1955), fue cuatrimestral. Desde el volumen 169 (1956), trimestral. Recientemente, en 1975, pasó a ser nuevamente cuatrimestral. Más importante es el tema de su orientación. Al reaparecer en 1941, las revistas científicas de toda Europa siguen ya un canon tipificado para todo instrumento periódico de alta cultura e investigación humanísticas. Y a él se acomodan ya multitud de revistas nuevas que surgen por entonces en España. «*La ciudad de Dios*» sigue también ese tipo general y a él adapta su estructura básica. Suprime sus crónicas meramente informativas. Con lo cual, desaparece su aspecto periodístico y de mera divulgación científico-experimental, jurídica, sociológica, etc. Omite, igualmente, toda referencia directa a la praxis política diaria. Como toda otra revista similar, deja el campo de la información propiamente empírica al periodismo, tan incrementado en la postguerra. Y se hace instrumento del humanismo teórico-doctrinal y de su investigación, en sentido amplio. Durante el periodo anterior, «*Religión y Cultura*», la revista había iniciado la publicación de textos críticos de la *aetas isidoriana*, patrística española o preludio medieval. Esos materiales, en parte desconocidos y de alto interés histórico-científico, figuraban en paginación suplementaria independiente en cada volumen. Este campo de trabajo se incrementa ahora, y aparecen también estudios notables, debidos, sobre todo, a A. C. Vega y U.

¹⁹⁾ Esta expresión es muy popular en España. Se atribuye a Fray Luis de León cuando reanudó su actividad docente, vuelto ya de la prisión y al dirigirse por primera vez a sus alumnos. Sobre esta leyenda, cf. series de artículos de C. Muiños Saenz, en CD., vols. 76-80 (1908-1909).

Domínguez. Esta nueva directriz coincide con ciertos aspectos de la nueva cultura española, reflejados en buena parte, en la conocida colección B.A.C.²⁰⁾. Se redobra ahora en la revista su carácter científico, con criterios estrictamente técnicos. Y se atenúa la función divulgadora de épocas precedentes. Pierde actualidad fáctica, pero adquiere rigor científico. Con estos criterios, acomete nuevamente el estudio de la escuela agustiniana y del agustinismo en la historia del pensamiento, investiga la figura, obra y doctrina de S. Agustín, reaparece la temática escurialense y amplía de nuevo su visión hacia contenidos antiguos y nuevos de derecho, teología, historia, filosofía, humanismo en general... Como lo fue siempre, la revista es actualmente órgano misceláneo del centro escurialense, abierto a cualquier preocupación de interés en la esfera humanística, formulada en términos de ciencia, alta divulgación o estricta investigación²¹⁾.

B. CONTENIDOS Y TEMAS

Me limitaré aquí a unas cuantas observaciones de tipo muy general. Sólo pretendo con ellas que el lector se forme una idea ulterior de la revista, en aproximación temática a su conjunto²²⁾.

I. Temas agustinianos

He aquí un primer grupo temático permanente en la revista, tanto por razones obvias como por su preocupación inicial: el estudio de la Orden. Este grupo se subdivide, a su vez, según sea el interés, histórico o doctrinal. La centenaria presencia de los Agustinos españoles en la

²⁰⁾ La conocida colección BAC. de la «Editorial Católica» se propuso facilitar un conocimiento directo y textual de las fuentes del cristianismo y de la cultura católica. La patristica obtuvo lugar preferente en forma de ediciones de textos o de estudios. Para información más detallada, cf. Chr. HERMANN, «Chronique du livre espagnol. La B.A.C.: Bibliothèque des Auteurs Chrétiens», en *Rev. Franç. d'hist. du livre*, n.s., n. 24 (1979), pp. 829-835. Comenta la colección al celebrarse la venta de diez millones de volúmenes.

²¹⁾ En 1981, la revista llega al volumen —de «La ciudad de Dios»— número 194. A ellos se añaden los 31 de «Religión y Cultura», más ciertos otros detalles. Hay que tener también en cuenta los volúmenes, fuera de serie, incluidos en la colección «Biblioteca La ciudad de Dios», de la que existe catálogo aparte.

²²⁾ Remito, para más datos, a los instrumentos indicados en nota número 1. Subrayo nuevamente la aparición de un volumen extraordinario de la revista, correspondiente a 1981 y dedicado a un minucioso análisis. Como presentación de conjunto, véase mi artículo: A. UÑA JUÁREZ, «Centenario de «La ciudad de Dios», revista de El Escorial. Presentación y balance», en *Revista Española de Teología*, 41, n. 162 (1981).

evangelización civilizadora de Filipinas y del Extremo Oriente implicaba, para los fundadores de la revista, una lección de vida, de cuya evocación se encargaría la historia del pasado y la crónica del presente²³). Florece, por ello, vigoroso el tema filipino. Y se va extinguiendo al ponerse el sol sobre el viejo imperio de España, en 1898. Pero antiguas crónicas y relatos contemporáneos fueron seguidos con interés en su día, como capítulo palpitante para la historia, tanto del Archipiélago como de la propia España. El pasado de la Orden fue estudiado en la revista reproduciendo antiguos escritos biobibliográficos que presentan figuras españolas o centroeuropeas. Todo ello tuvo notable utilidad en su momento y fue estímulo para trabajos posteriores, como el de G. de Santiago Vela. Modalidad permanente de ese mismo estudio es el amplio repaso al legado cultural y doctrinal de la escuela agustiniana. En este punto, la revista no conoce fronteras, si bien ha insistido más en pensadores de Italia y España. La aportación es notable por sus esclarecimientos en la marcha de las ideas y sobre la presencia del agustinismo en el devenir del pensamiento. Larga sería la relación puntual de todo ello. La omito, por eso mismo y por ser también más conocida.

Rasgo característico de la revista ha sido su permanente interés por S. Agustín: su figura humana, su obra, su pensamiento, influjo posterior y actualidad de sus ideas. Varios volúmenes extraordinarios fueron dedicados al Hiponense. Descuellan los de 1954-1955 que profundizan en *De civitate Dei*, confeccionados por los redactores de la revista junto a un grupo de escritores de talla internacional. La lista de temas agustinianos —un tanto dispersos— sería muy larga. La omito también aquí. Quizá ningún estudio por separado sea decisivo. Pero es importante su conjunto a nivel de divulgadora investigación. Ello hace de la revista instrumento cualificado para el estudio de S. Agustín a lo largo del presente siglo.

Hay, según creo, un «humanismo agustiniano» cuyo distintivo primero es su amplitud, una gama abierta de inquietudes, solicitada por el «gozo de la verdad». Y la revista es testimonio vivo, concreción o intento de un humanismo así. Por eso, desde 1883 rompe los diques de sus temas internos y se adentra en el ancho mundo del saber. Como bola

²³) Cf. M. MERINO, *Agustinos evangelizadores de Filipinas, 1565-1965*, Madrid 1965. Para otros estudios sobre el tema, véanse las bibliografías recopiladas en esta misma revista, *Augustiniana*, a partir de 1976, año de sus bodas de plata.

de nieve rodando por la montaña, la dilatación temática será su ley. Enumeraré ahora algunos aspectos de ese humanismo de amplitud.

II. Humanismo literario

Ya desde la edad media, el agustino —llámese luego Lutero o Fray Luis de León— tiene abierta su mente al mundo del lenguaje y la belleza literaria, como ingrediente de sus «studia humaniora». Lírica y prosa de España debieron mucho a plumas brillantes de los agustinos. Desde muy pronto, la revista intentó dar nueva vida a esa vieja estampa del humanista literato. Su preocupación por las bellas letras aparece en la publicación de ensayos originales. Pero, hasta 1941, tendrá importancia mayor su interés por el movimiento literario, bajo la doble modalidad de reseña informativa o de estudio crítico. No excluyó la revista la atención a los clásicos —lírica griega, Virgilio, Horacio...— ni a escritores foráneos, como L. Tolstoy, E. Zola y algunos más. Pero, obviamente, insiste en las literaturas hispánicas, en un prolongado arco de autores y obras que se extiende desde el medievo a la actualidad. Evitaré enumerarlos aquí. Hay, sin embargo, un aspecto que no es dado omitir: el fuerte interés por la literatura española del siglo XIX y principales representantes de su lírica y prosa, tanto romántica como naturalista o realista, etc. Descuella, en la primera época, F. Blanco García²⁴). Debe afirmarse, en todo caso, que este humanismo literario es permanente en la revista.

Símbolo de este humanismo es Fray Luis de León. «La ciudad de Dios» es pionera en su estudio, reivindicando su efigie humana y científica. La figura del maestro salmantino alcanza en sus páginas toda su estatura de humanista, filólogo, escriturista, poeta y pensador. Centenares de artículos —algunos recopilados en libros y no siempre acertados— dedicó la revista a editar sus escritos o estudiar los más variados aspectos de su vida, pensamiento y actuación. La valoración de

²⁴) F. Blanco García dejó una abundante producción de crítica literaria, pese a su muy temprana muerte. Por encima de su valor relativo, está su amplitud de visión que se extiende hasta las variedades «regionales» de la literatura hispánica, y también el impulso dado por él al estudio técnico de las letras hispanas en el presente siglo. Falta todavía un análisis adecuado de su figura y producción. Véanse datos en A. LLORDÉN, «Bibliografía agustiniana escorialense», en *La Comunidad...*, cit. supra, nota 1, pp. 272-282. Su principal escrito es: *La literatura española en el siglo XIX*, vols. I-III, Madrid 1909-1910³. La obra suscitó cierta polémica y recibió notables alabanzas. Apareció en forma de artículos desde finales de siglo, en «La ciudad de Dios».

Fray Luis está hoy en alza a escala mundial²⁵). Y ello se debe, sobre todo, al esfuerzo continuo de «*La ciudad de Dios*», instrumento imprescindible para los estudios luisistas.

III. Humanismo científico-experimental

No es frecuente verlo incluido en un humanismo «de letras». Sin embargo, a finales del siglo XIX, León XIII instaba a «descender al campo científico» ¿Por qué así? La segunda mitad de esa centuria vive una agudizada crisis de secularización desde el campo sociológico, político, científico, cultural y filosófico. Marxismo, socialismos y movimientos sociales, liberalismo «progresista», positivismo y cientismo naturalista, evolucionismo y transformismo, posturas modernistas y materialismo... operan en buena parte como caja de resonancia de la Ilustración, como *Kulturkampf* y nivelación naturalista de la religión²⁶). Estos y otros movimientos tuvieron fuerte influjo en España, produciendo un estridente conflicto de ideas²⁷). La revista surgió en el momento álgido de esas corrientes y cuando la reivindicación del espíritu era ya creciente en el neokantismo alemán, espiritualistas franceses e italianos, neohegelianismo, renovación escolástica y tomista, con la *Aeterni Patris*,

²⁵) Alguien llegó a decir que es Fray Luis «el primer lírico mundial». Afirmación osada, tan difícil de mantener como de rebatir, habida cuenta de críticos españoles y otros, tales como A.F.G. Bell, A. Peers, R.T. Davies, R. Welsh, K. Vossler, A. Coster, J. Baruzi... y tantos más. He aquí un juicio autorizado y reciente sobre su figura: «La más excelsa y representativa figura del segundo Renacimiento hispano... Hemos dicho que Fray Luis fue la figura más excelsa y el más exacto resumen del Renacimiento hispano, porque nadie como él logró fundir en síntesis perfecta las principales corrientes de la cultura de su tiempo: la herencia clásica, la influencia italiana, la sustancia española tradicional y el contenido religioso, en el que habría que distinguir a la vez el legado medieval y castellano junto a la constante presencia del elemento bíblico, que, en Fray Luis, como gran escritor y teólogo que era, representa un componente fundamental. Parte también muy importante de las variadas corrientes que él armoniza es el influjo agustiniano, propio de su orden, del que recibe —al mismo tiempo que el vigor intelectual— el sentido místico, apasionado y contemplativo, tan característico de la persona del fundador» (J.L. ALBORG, *Historia de la literatura española*, vol. I: *Edad media y Renacimiento*, Madrid 1975², pp. 799 y 803-804. Dedicada a Fray Luis el c. XIX: «Fray Luis de León y la lírica castellana», pp. 797-831).

²⁶) Véase, sobre estos temas, la obra excelente, si bien algo incompleta, de O. CHADWICK, *The secularization of the european mind in the nineteenth century* (Guifford Lectures, 1973-1974, at the Univ. of Edinburgh), Cambridge 1975.

²⁷) Hoy toma especial auge en España el estudio del siglo XIX. Para aproximarse al cuadro cultural de entonces, cf. R. CEÑAL, «La filosofía española en la segunda mitad del siglo XIX», en *Revista de Filosofía* (Madrid), 15 (1956), pp. 403-444; M. TUÑÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española (1883-1936)*, Madrid 1970; ID., *La España del siglo XIX*, Madrid 1974; G. FRAILE-T. URDANOZ, *Historia de la filosofía española*, vol. II: *Desde la Ilustración*, Madrid, B.A.C., 1972.

de 1879²⁸). En ese contexto, los redactores de la revista intentaron saltar el escenario de ideas como a una «lucha científica» por la *Civitas Dei*. Pretendían mostrar la compatibilidad entre una fe trascendente y el ejercicio de la ciencia. Su aproximación al saber empírico fue, ante todo, divulgadora e informativa, en la «Crónica científica», desde 1883 a 1928. Aspecto importante, por la incorporación de la ciencia a su humanismo, en época de eufórica suficiencia en ese terreno. Otra serie de estudios científico-experimentales son más bien de confrontación polémica y finalidad apologética, a decir verdad, no siempre bien informados ni serenamente críticos, pero de interés histórico y valor testimonial sobre el *Zeitgeist* de aquellos días. Otros estudios son asépticamente técnicos. Destacan, entre estos últimos, los de A. Rodríguez de Prada, sobre matemática, meteorología²⁹).

Aludamos también a los trabajos sobre las hoy llamadas «ciencias humanas», en áreas como la política, sociología, psicología, antropología, lingüística... Baste con estas breves indicaciones para comprender que estamos ante un vasto campo de la revista, verdadera caja de resonancia para las voces científicas de su época.

IV. Investigación sobre El Escorial.

Los agustinos contrajeron un grave compromiso de cultura al hacerse cargo del edificio escorialense, donde entraron el 10 de agosto de 1885. Había que investigar su entorno histórico, su fundación y construcción, su tesoro artístico y sus dependencias. La más compleja de éstas era, sin duda, su Real Biblioteca, verdadero depósito de la cultura de occidente, pero desprovista prácticamente por entonces de catalogación

²⁸) Como muestra del eco que el espiritualismo tuvo en la revista, véase M. GUTIÉRREZ, «El espiritualismo en las escuelas contemporáneas», en CD., 23 (1980), pp. 241-255; 401-417.

²⁹) Se cuentan por centenares los estudios sobre ciencia experimental publicados en la revista, sobre temas de física, matemática, biología, agricultura, economía, astronomía... La revista recogió las conferencias científicas que, varias veces durante el curso académico, se pronunciaban, durante el pasado siglo, en el Real Colegio de Alfonso XII, dotado ya entonces de célebres instalaciones experimentales. En cuanto a A. Rodríguez de Prada, urge decir que sus méritos le hacen acreedor a figurar en la historia de la ciencia contemporánea no sólo por sus cargos científicos (director de la «Specola Vaticana», Vicepresidente de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, miembro de la Sociedad Astronómica de Francia...) sino también por sus escritos (más de cuarenta obras y varios centenares de artículos, material inédito...) sobre matemática, astronomía y meteorología. Para más datos, cf. A. LLORDÉN, «Bibliografía agustiniana...», cit. supra, nota 1, pp. 558-573.

sistemática y técnica de sus fondos. Desde el primer momento, la realización de tan amplio plan gravitaría sobre las páginas de «*La ciudad de Dios*». Pero su vinculación a los centros docentes y a la investigación sobre el edificio se incrementaría desde 1890, cuando la redacción de la revista se traslada a El Escorial. Un primer balance de estudios aparecía ya en 1910³⁰). Cincuenta años después, la Real Biblioteca quedó ya básicamente investigada³¹). Las décadas de 1960 y 1970 verían culminada una catalogación cuyos pasos más firmes se dieron prontamente, entre 1890 y 1936. Algo parecido ocurrió con la investigación sobre el resto del edificio³²). Todo esto fue posible, en su mayor parte, por el esfuerzo continuo del que la revista es testigo y actor. Centenares de artículos y varios volúmenes especiales hacen de la revista un auténtico archivo de investigación sobre El Escorial³³). Por todo ello, es preciso decir que la recuperación contemporánea del edificio escurialense como centro de cultura mundial se debe principalmente a los resultados cumulativos de «*La ciudad de Dios*». Toda investigación ulterior del tema escurialense habrá de contar con sus tomos.

V. Otros temas

Concluiré esta breve presentación aludiendo de pasada a otros campos de ciencia tratados por la revista. Obviamente, hay en ella multitud de estudios de teología, tanto dogmática como moral, ascética y mística, etc., en planteamientos tanto históricos como doctrinales. Existe, igualmente, un elevado número de trabajos bíblicos, muchos de ellos a propósito de un determinado autor, especialmente Fray Luis de León o S. Agustín. Espacios muy amplios de la revista los llena el derecho, tanto canónico como civil. Otro tanto ocurre con la historia,

³⁰) Véase la obra en colaboración: *Los Agustinos y el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (1885-1910)*, Madrid 1910. También: J. ZARCO, *Escritores Agustinos de El Escorial (1885-1916)*. Catálogo bio-bibliográfico, Madrid 1917.

³¹) Véase T. ALONSO TURIENZO, «Labor literaria de los agustinos en la Real Biblioteca de El Escorial (1885-1960)», en CD., 173 (1960), pp. 660-710.

³²) Una vez más, remito al volumen *La Comunidad...*, cit. supra, nota 1. Más directamente al caso, véase: *Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial. En el Centenario de su Fundación, 1563-1963*, El Escorial 1964. Se hallan aquí bibliografías-balance sobre el tema escurialense: N. TEEUWEN, «Bibliographie non espagnole de l'Escorial», pp. 777-805; la que citamos en nota siguiente; G. SABAU BERGAMIN, «Aportación a la bibliografía escurialense», pp. 909-944.

³³) T. ALONSO TURIENZO, «La ciudad de Dios, archivo de documentos escurialenses», en *Monasterio de San Lorenzo...*, cit. supra, nota 32, pp. 807-907. Ordenación de materiales de la revista relativos a El Escorial, hasta 1961.

empírica o cultural, civil o eclesiástica. La revista ha ofrecido una abundante serie de estudios filosóficos teóricos, históricos o de actualidad. Raro será el pensador importante que no haya recibido alguna atención. Destaca mayormente la consideración de autores medievales, junto a otros modernos y contemporáneos. Algunos trabajos contemplan directamente, como queda dicho, a S. Agustín o a pensadores agustinos, ofreciendo a veces textos inéditos de estos últimos o de otros autores del preludio medieval. La praxis musical escorialense y estudios teóricos o históricos de ese campo en la revista influyeron, durante un tiempo, en movimientos de renovación músico-religiosa de España³⁴). Aportación notable de «*La ciudad de Dios*» la constituyen sus contribuciones a la islamología y estudios hebraicos, subrayando la vertiente hispana de ambos dominios. A la investigación manuscrita se suman aquí averiguaciones textuales, doctrinales e históricas³⁵).

Este es, rápidamente sobrevolado, el vasto frente científico que abordó «*La ciudad de Dios*» en su marcha de cien años. La apertura de 1883 no hizo sino dilatarse más y más, hasta comprender extensiones prácticamente inabarcables. No todo en ella posee igual valor. Urge matizar. A menudo, el intento científico de la revista se vio limitado por condicionamientos de época. Por eso, prevalece, en ocasiones, la apologetica fácil o la erizada polémica sobre el rigor, la retórica banal sobre la documentación técnica, la *polymathie* del polígrafo divulgador sobre la auténtica investigación. Ciertos enjuiciamientos de la política son estrechos y quizá inoportunos; la visión social, poco lúcida. Abunda el apresuramiento y falta, a veces, serena reflexión.

Hay, pese a ello, un serio compromiso cultural y científico en los centenares de tomos de «*La ciudad de Dios*». Su conjunto es de notable interés en la cultura española contemporánea y radicación de su pasado. La descripción que precede alude a múltiples temas que afectan de lleno a realidades de cultura y a motivos permanentes del saber occidental.

Paso ahora a un asunto particular del que la revista se ha ocupado repetidas veces.

³⁴) Véase L. HERNÁNDEZ, «La capilla de musica del Real Monasterio de El Escorial», en *La Comunidad...*, cit. supra, nota 1, pp. 64-101.

³⁵) Para una descripción pormenorizada de todas estas áreas de la revista, remito nuevamente a los instrumentos indicados en nota 1.

C. TEMAS DE BÉLGICA

La revista ha incluido repetidamente asuntos relativos a Bélgica. Todos ellos fueron tratados, como veremos, con invariable aprecio y admiración. Se reseñan los escritores agustinos belgas incluidos en la obra biobibliográfica de Cl. Hutter que la revista reprodujo entre los años 1882 y 1888, en su texto latino original.

La «Crónica general» recogió noticias diversas a lo largo de varias décadas. Para que el lector se haga una idea, he realizado algún sondeo en ese mar de detalles. En 1890, por ejemplo, se relata elogiosamente el congreso eucarístico de Amberes; las elecciones municipales, con su resultado positivo para el partido católico; la preocupación social de Ch. Woeste que el cronista alaba; fiestas en Amberes al partir misioneros para el Congo; la subvención a la Empresa Real del Congo y texto comentado del rey Leopoldo II. Como ejemplo de esta miscelánea de noticias, veamos también las de 1902. Comenta, en primer término, un artículo de las *Historisch-politische Blätter*, 12, 129 (1902), sobre los diez y ocho años de gobierno «clerical» en Bélgica. Con su autor, la revista muestra cómo desde el 18 de junio de 1884 hasta la fecha, Bélgica es la nación más próspera del mundo por su industriosisdad y exportación. Subraya la inteligente acción social, el incremento de la enseñanza..., para concluir: «El gobierno belga ha demostrado que los católicos saben gobernar»³⁶). También ese año, comenta la muerte de M. Enriqueta de Austria, reina de los belgas, presentando su figura humana. Relata el atentado anarquista contra el rey Leopoldo II, y comenta laudatoriamente la propuesta de Ch. Woeste al parlamento sobre la moralidad pública; describe y comenta el triunfo católico en las elecciones legislativas; narra también las inquietudes y enfrentamientos sociales «en el pacífico territorio belga, en la industriosa Bélgica», e incluye un amplio despacho telegráfico desde Bruselas.

Pero las referencias a Bélgica no se limitan a estas breves noticias. Artículos de la revista estudian o divulgan con mayor detenimiento tres tipos de temas: la historia, personalidades, instituciones culturales. A veces estos temas se entrecruzan. Pero para mayor claridad, veámoslos por separado.

³⁶) CD., 59 (1902), pp. 687-690. Cf. cit. p. 689.

I. Historia de Bélgica

En 1906, dos artículos de L. Conde se ocuparon preferentemente de la historia política, marcada, en cierto modo, por ese decisivo año³⁷). Comenta en ellos la importancia singular de las elecciones generales del 27 de mayo, tras 22 años de gobierno católico. Examina la contienda de entonces entre los tres partidos, liberal, socialista y católico, unidos los dos primeros en un programa común de oposición y reforma política, denominado «acción paralela». Presenta el debate previo a las elecciones, especialmente por el tema defensivo y particularmente por la discutida fortificación de Amberes, a lo que se añadió la pérdida del buque-escuela «Comte de Smet de Nayer». Ofrece el cuadro de los resultados de las votaciones, favorable, finalmente, a los católicos. En consonancia con la época, L. Conde ve en ello una «victoria de la religión». Según él, «la lucha, más que política, era religiosa» (p. 323). Y hace un recuento de los aciertos de la administración católica:

«Su gestión administrativa, sus iniciativas para acrecentar el bienestar de los menesterosos, sus inagotables recursos para resolver todo problema político y social, el respeto que siempre ha conservado a la libertad de creencias extrañas a las suyas, el apogeo científico a que ha llegado la nación bajo su gobierno, ese esplendor, en suma, de industria, de adelantos, de inventos de todo género...» (p. 324).

El segundo artículo revisa los efectos positivos del triunfo católico. Recoge el eco favorable del mismo en «*Le correspondant de Paris*», el 16 de junio de 1906, en crónica política de fuerte contraste con la situación de Francia. Finalmente, cree L. Conde que esas elecciones significan en Bélgica la aprobación de la política católica, especialmente de su iniciativa social. Presenta un cuadro comparativo de la legislación de católicos y liberales en este campo. Algunos comentarios finales del autor resultan muy discutibles. Pero su estudio despertó la atención de los españoles sobre una fecha importante en la historia reciente de Bélgica.

En plena guerra europea, B. Garnelo escribe (1916-1917) dos largos

³⁷) L. CONDE, «Conservación y progreso. El gobierno católico de Bélgica y las elecciones del 27 de mayo de 1906», en CD., 70 (1906), pp. 315-324; 388-399. El autor es, a comienzos del presente siglo, un observador del movimiento católico y de la política de entonces. Escribió abundantes páginas en la revista sobre esos mismos temas. Llamaron especialmente la atención en Europa sus artículos sobre la guerra ruso-nipona, escritos en 1904-1905. Para otros datos, cf. A. LLORDÉN, «Bibliografía agustiniana...», cit. supra, nota 1, pp. 289-302.

artículos de tipo general sobre Bélgica y los belgas³⁸). Habla de la «hidalga nación» arrastrada al desastre de la guerra «de modo inesperado y repentino»; pueblo laborioso, floreciente y equilibrado. El autor lo ve desde España así:

«Para los católicos españoles tiene Bélgica una significación peculiarísima. Es la nación ejemplar del orden, del trabajo y de la democracia cristiana, de las reformas sociales inspiradas por el catolicismo... En Bélgica estaba la metrópoli de la restauración escolástica, y muchos pensadores católicos de España allí acudían para familiarizarse con los métodos nuevos, volviendo con no poco caudal de conocimientos a la madre patria» (pp. 417-418).

El primer artículo traza la historia de toda la región a lo largo de los siglos, durante los cuales «no ha cesado de servir de palenque a todas las guerras europeas de alguna extensión: romanos, sajones, anglosajones, franceses, imperiales, holandeses y españoles, todos han luchado en ese rincón de Europa...» (p. 418). Relata con amplitud esa historia. Subraya el aspecto español, a partir de Carlos V. Recuerda la antigua y próspera alcornia de sus provincias y ciudades, sobre todo desde las postrimerías del medievo, y su gran incremento en la modernidad europea. Presenta la trayectoria cultural en diversas manifestaciones de ciencias y artes, en las que dieron maestros al resurgir moderno de Europa. Concluye:

«Y esto han sido en brevísimo resumen los antecedentes históricos del pueblo belga y aún de todos los Países Bajos: un pueblo siempre joven, siempre laborioso, siempre optimista y siempre inclinado a reconstruir y ensanchar lo que habían destruido las vicisitudes y calamidades de los tiempos. Así la Bélgica actual se nos ofrecía después de un período largo de paz como una maravilla estupenda, a cuyo florecimiento contribuyeron factores de orden material y espiritual en una armonía tan acabada que no es posible pedir más» (p. 429).

El segundo artículo se ocupa de la historia contemporánea. Abre con estas palabras:

«Si en todo tiempo ha dado pruebas de una vitalidad intensa y múltiple el pueblo belga, en ninguno ha llegado a conseguir un esplendor tan grande como en la segunda mitad del siglo XIX y lo

³⁸) B. GARNELO, «Bélgica y los belgas», en CD., 107 (1916), pp. 417-429; 108 (1917), pp. 89-100. El autor es un divulgador nato, con numerosos trabajos sobre historia y temas de actualidad. Dirigió un tiempo la revista. Para otros datos, cf. A. LLORDÉN, «Bibliografía agustiniana...», cit. supra, nota 1, pp. 372-376.

que llevamos del XX. Proclamada su independencia por el convenio de Londres en 1831, su desarrollo ha seguido una marcha progresiva y rápida, hasta colocarse a una altura envidiable para las mismas grandes potencias que la rodean...» (p. 89).

Traza, en breves rasgos, la andadura histórica de la Bélgica independiente y su gran auge en tan breve tiempo. Insiste en un tema: la universidad de Lovaina, gran «laboratorio intelectual» donde se forman «hombres de estado, sociólogos, historiadores, filósofos, etc. cuyos méritos son universalmente reconocidos» y de donde salen libros y revistas de tanto crédito científico. Tras señalar la delicada situación internacional de Bélgica en las proximidades de la guerra europea, ofrece un cuadro de su «progreso enorme» con indicación de cifras. Alude al incremento de la enseñanza y su régimen de libertad, al crecimiento de ciencias y artes en la Bélgica contemporánea: «Un ejército de escritores, polemistas, críticos, artistas y políticos se levantó por aquel tiempo al calor de la unidad nacional..., revistas, periódicos, la enorme y escogida producción filosófica de Lovaina...» (p. 100). Los lectores de «*La ciudad de Dios*» pudieron asomarse a la nación belga a través de estos artículos de alto aprecio por sus realidades, su historia y su cultura³⁹).

II. Una personalidad: D. Mercier

El conocimiento de su personalidad, iniciativas y pensamiento tuvo en España como vehículo a «*La ciudad de Dios*», especialmente con los trabajos de M. Arnáiz. En su inquietud por la renovación escolástica, mantuvo una relación de estrecha amistad con D. Mercier, a cuya propuesta fue admitido en la Sociedad Filosófica de Lovaina en 1904. Tradujo una de sus obras y difundió en varios escritos propios la nueva orientación filosófica abierta en Lovaina por iniciativa del pensador belga⁴⁰). Al ser promovido a la sede primada, M. Arnáiz presentó su

³⁹) Durante este período bélico, aparecieron todavía otros dos artículos de tema histórico-político: L. VILLALBA, «Bélgica y la opinión española», en CD., 102 (1915), pp. 360-378; B.R. GONZÁLEZ, «Bélgica en la guerra», *ibid.*, 108 (1917), pp. 292-296. Este último trabajo es un breve comentario a obras de H. Davignon, H. Carton de Wiart, F. Passelecq, M. des Ombiaux..., sobre temas de aquel difícil momento. La mirada benévola de ambos trabajos se sintetiza en estas palabras conclusivas del último: «Todo cuanto acerca del glorioso reino belga se escribe revela la grandeza de sus infortunios presentes y las dificultades que tendrá que resolver en tiempos ulteriores. Ojalá que sus males de ahora no sean sino como la poda en el árbol, que luego se cubre de nuevo ropaje y de más espléndido verdor» (p. 296).

⁴⁰) Tradujo la obra de Mercier *Los orígenes de la psicología contemporánea*, Madrid 1901, con prólogo *ad hoc* del autor. M. Arnáiz fue personalidad destacada dentro y fuera de

figura y su producción filosófica⁴¹). Tras subrayar el alto significado de su nombramiento, describe con brevedad su carrera científica, especialmente la fundación del Instituto Superior de Filosofía y las características de su docencia, brillante por su lúcida precisión. Enumera tanto los escritos personales como los realizados por sus discípulos bajo la inspiración del maestro. He aquí un retrato humano en que M. Arnáiz refleja la experiencia de su trato directo con Mercier:

«En el nuevo arzobispo de Malinas, las cualidades de hombre de acción igualan a las del hombre de pensamiento. Las virtudes del sacerdote, el espíritu profundamente religioso, la piedad, la abnegación y la humildad, la llaneza, sencillez y afabilidad de su carácter, como puede atestiguarlo el que estas líneas escribe por su continuada correspondencia de algunos años, van unidas a su alto saber» (p. 383).

Describe su actividad restauradora de la escolástica, secundando las directrices de León XIII. Muestra la preocupación del belga por adaptar con amplitud de mente las grandes líneas del tomismo y no su letra, en una aproximación decidida al saber científico de su hora. Mercier conocía muy de cerca el conflicto reinante entre ambos campos, sobre todo bajo el influjo del positivismo y el predominio del naturalismo científico, convergentes en lo que J. Ortega y Gasset calificaría luego como «imperialismo de la física». Insiste M. Arnáiz en el intento de Mercier por asumir la problemática crítica del pensar moderno, mientras alentó el estudio histórico-doctrinal del medievo, a cuyos abundantes frutos asistimos hoy. Su idea era, pues, «hacer de la escolástica una filosofía científica, crítica e histórica» (p. 387). Espejo de sus propósitos fue el discurso de Mercier al congreso de Malinas, en 1891. M. Arnáiz reproduce amplios párrafos del mismo. Aparecen allí las bases científicas de su futuro Instituto: todo un programa del pensamiento para un nuevo contexto científico, un plan abierto por la lucidez de su mente y realizado por el esfuerzo de sus discípulos que se extenderían, con los años, por

la Orden. Miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, su discurso de entrada fue contestado por J. Zaragüeta, otro pensador español formado en Lovaina. Escribió más de trece obras, algunas de ellas bastante difundidas en su época, y también una larga serie de artículos filosóficos, principalmente de psicología y teoría del conocimiento. Para más datos, cf. A. LLORDÉN, «Bibliografía agustiniana...», cit. supra, nota 1, pp. 257-262.

⁴¹) M. ARNÁIZ, «Mons. D. Mercier, Primado de Bélgica. Su obra filosófica», en CD., 69 (1906), pp. 380-392.

toda Europa. A ojos de M. Arnáiz, D. Mercier aparece como un verdadero recreador del pensamiento.

Cuando cumplía ya casi veinte años como primado, y a sus 86 años de edad, moría D. Mercier el 23/I/1926. En esa ocasión, V. Burgos redactaba en la revista una amplia nota necrológica⁴²). Presenta los rasgos más destacados de su figura humana, de obispo y pensador, sus iniciativas científicas, el impulso dado por sus creaciones al pensamiento, etc., y cree que la revista ha contraído con él una especial deuda de reconocimiento:

«*La ciudad de Dios* tiene motivos especiales para consagrar este homenaje póstumo a la memoria del que fue en vida su amigo y admirador. En el *Prólogo* que, para la traducción castellana de su libro *Los orígenes de la psicología contemporánea*, hecha con todo esmero por el P. Arnáiz, escribió el entonces profesor D. Mercier en julio de 1901, se expresaba éste en términos sumamente elogiosos para nuestra Revista y para sus redactores...» (p. 354).

Sirvan estas breves indicaciones para aludir a una estrecha relación entre D. Mercier y la revista escurialense.

III. Una institución: la universidad de Lovaina.

Repetidas veces se refirió «*La ciudad de Dios*» a temas culturales lovanienses⁴³). Destacaré tres artículos directamente consagrados a su universidad. Dejé dicho que M. Arnáiz se refirió varias veces a ella y al movimiento renovador de sus centros⁴⁴). Al filo de este siglo, dedicó un estudio al Instituto Superior de Filosofía⁴⁵). Arranca, como es sórito, del

⁴²) V. BURGOS, «El Cardenal Mercier», en CD., 144 (1926), pp. 344-354.

⁴³) He aquí algunos trabajos: M. ARNÁIZ, «La Semana de etnología religiosa de Lovaina», en CD., 93 (1913), pp. 42-47. Presenta el desarrollo y finalidad del simposio: aportar materiales básicos para una auténtica ciencia de la religión, tema agitado y exasperado desde la segunda mitad del siglo XIX. El autor ofrece una presentación más bien apologética. A la segunda, se dedica la presentación de B. ALCALDE, «Con motivo de la II Semana de etnología religiosa en Lovaina», en CD., 96 (1914), pp. 252-259. A la restauración postbélica se refieren dos breves comunicados o notas: «La biblioteca de Lovaina», en CD., 120 (1920), pp. 158-160; «Restauración de la Universidad de Lovaina», *ibid.*, 124 (1921), pp. 318-320.

⁴⁴) Remito, para completar el cuadro, a otros trabajos suyos: M. ARNÁIZ, «La Neo-Escolástica al comenzar el siglo XX», en CD., 57 (1902), pp. 53-64; 197-209; ID., «León XIII y la filosofía cristiana», *ibid.*, 61 (1903), pp. 386-400; ID., «Filosofía escolástica y Tomismo», *ibid.*, 140 (1925), pp. 428-443...

⁴⁵) M. ARNÁIZ, «El Instituto Superior de Filosofía de la Universidad de Lovaina», en CD., 54 (1901), pp. 16-33. Este trabajo, reelaborado y con título ligeramente cambiado, apareció también aparte, Madrid 1901.

movimiento promovido por León XIII. Alude al aislamiento previo del pensar escolástico, relegado a mera reliquia histórica, despreciado por desconocido, y tanto más estéril cuanto menos renovado, en un contexto cultural de divorcio entre saber científico y especulación filosófica. A sus ojos, surge la universidad de Lovaina como modelo actual de centros docentes. Recuerda nuevamente a León XIII y su idea de una clase especial dedicada al tomismo y cuya ejecución recaería sobre D. Mercier. Evoca también las iniciativas posteriores del pontífice, del episcopado belga y del propio Mercier ampliando el proyecto. Reproduce largos párrafos del plan inicial y sus fines, contenidos en el célebre *Rapport* de 1891, hasta la erección del Instituto y la inauguración del edificio en 1894. Explica el funcionamiento y contenidos del curriculum completo, sus ciclos anuales y sus materias, otras actividades, revistas científicas... Alude brevemente a los primeros años de vida del Instituto. Los lectores de «*La ciudad de Dios*» pudieron conocer con prontitud un asunto de tanto interés en la escena filosófica de la época.

Algo más de diez años después, V. Burgos vuelve en dos artículos sobre el tema, cuando ya el Instituto se había afianzado⁴⁶). Hace también historia remota de la escolástica a comienzos del siglo XIX y causas de su descrédito, inquietudes de Pío IX, impulso de León XIII, fundación del Instituto. Describe la situación actual de este último, a los 22 años de su erección: profesorado, organización, plan de estudios y metodología filosófica, estudiantes, producción de obras y revistas. Presenta brevemente a D. Mercier. El segundo artículo estudia las directrices filosóficas imperantes en Lovaina. A su entender, se trata de recuperar el sentido realista y aristotélico del filosofar, el recogido por Sto. Tomás y al que, de modo general, vuelve su mirada la neoescolástica. El filósofo, según esta directriz, ha de leer la realidad buscando la verdad desde un punto inicial: el contacto con la experiencia. Se subraya por ello la atención prestada a la observación y experimentación como punto de partida para un auténtico saber que disuelva el extendido prejuicio en torno al pensamiento escolástico: simple comentario del *Credo*. Al filósofo le preocupa dar cuenta de la realidad. Sólo este

⁴⁶) V. Burgos, «La escuela de filosofía neoescolástica de Lovaina», en CD., 89 (1912), pp. 404-415; 90 (1912), pp. 90-98. V. Burgos fue director de la revista entre 1924 y 1927. Estuvo dos años en Alemania y Bélgica para ampliar estudios. Además de otras obras, escribió amplias series de artículos sobre temas de filosofía, psicología, actualidad cultural... Para otros datos, cf. A. LLORDÉN, «Biobibliografía agustiniana...», cit. supra, nota 1, pp. 288-291.

propósito —y no el de mera apologética— hará repensar la relación entre fe y filosofía, en el «eterno retorno» de un permanente problema. Cree, pues, que la reactualización escolástica en Lovaina se realiza en el amplio contexto de una profunda modernización que replantea los problemas en actitud de contacto y diálogo con las ideas modernas y las adquisiciones científicas, asumidas como punto inicial del pensamiento. Finalmente, V. Burgos constata el eco «exterior» de esta renovación. Y aduce testimonios tales como los de F. Medicus, R. Eucken, etc.

Finalizada la década de los años veinte, el centro lovaniense, vencidas las enormes dificultades de la peripecia bélica, ha desbordado ya el círculo católico adquiriendo un auténtico crédito mundial. Por ese tiempo, la revista insiste de nuevo en el tema, con acento más bien histórico esta vez, en un artículo de A. García de la Fuente⁴⁷). Comienza con un resumen del pasado de la universidad lovaniense, a partir de su fundación en 1425. Describe luego la arquitectura de sus «*Halles*». Alude a su auge desde el siglo XVI, con sus eminentes maestros o discípulos de ese periodo (Erasmus, Carlos V, Vives, Bayo, Lessius, Jansenio...) y a sus intervenciones doctrinales más señaladas, a las vicisitudes políticas que la afectaron, antiguos privilegios, organización antigua, régimen profesoral y estudiantil, alumnos ilustres... Describe, con visible admiración, su organización en los años veinte de este siglo, su conjunto de facultades, instalaciones, profesorado, funcionamiento. Capítulo aparte en este estudio es la biblioteca. Proporciona datos sobre su formación y dotación, riquezas originales y penosas vicisitudes posteriores. Alude especialmente a sus preciosos fondos desaparecidos en el incendio de 1914, a su reconstrucción e instalaciones que describe en todos sus detalles artísticos... Concluye así:

«He aquí a grandes rasgos, lo que fue y lo que es uno de los centros más poderosos y fecundos del saber humano, nacido y conservado al calor de la fe y con el apoyo y la protección de la

⁴⁷) A. GARCÍA DE LA FUENTE, «La Universidad de Lovaina», en *Religión y Cultura*, 8 (1929), pp. 193-209. El autor de este estudio fue, sin duda, uno de los más eminentes colaboradores de la revista e infatigable investigador de la Real Biblioteca. Descuella como historiador, arqueólogo y numismata. Pese a su temprana muerte (34 años), dejó cerca de veinte obras y una extensa serie de artículos (43, más otros de divulgación) sobre esos temas. Son de destacar sus estudios del monetario escurialense, documentos y trabajos sobre el edificio... Para más datos, cf. A. LLORDÉN, «Bibliografía agustiniana...», cit. supra, nota 1, pp. 363-369. Por los años treinta, Arturo G. de la Fuente escribió algunos artículos sobre instituciones docentes de Europa y América. Residió durante un año en Lovaina.

Iglesia Católica. La fama de la Universidad de Lovaina se ha extendido por sí misma a todos los países civilizados que envían continuamente a ella a numerosos representantes suyos» (p. 209).

Este es, aproximadamente, el «informe» sobre las realidades belgas que la revista escurialense transmitió en pasadas décadas a sus lectores⁴⁸). Se desprende de él la imagen altamente positiva de un pueblo pacífico y laborioso, altamente desarrollado material y políticamente y en primera línea de la cultura y pensamiento.

El centro escurialense, viejo guardián de la historia, reitera en «*La ciudad de Dios*» su permanente estima y aprecio de la distinguida nación de los belgas.

AGUSTÍN UÑA JUÁREZ O.S.A.

⁴⁸) Véanse, además: F. DE UNCILLA, «El congreso católico-social de Lieja», en CD., 23 (1890), pp. 110-122: «Importantisima asamblea internacional, la de más trascendencia, según creemos, no solamente de las varias celebradas este año en las diferentes naciones, sino también de cuantas hasta ahora tenemos noticia» (p. 110). Describe sus sesiones y reproduce en detalle su programa. La sección «Revista de revistas» reseñó normalmente artículos de revistas belgas, especialmente de Lovaina: *Revue d'histoire ecclésiastique*, *Revue Augustinienne*, *Revue des questions scientifiques*, *Revue Néo-Scholastique*, *Études franciscaines*, *Revue bénédictine*... La sección bibliográfica incluyó, desde sus primeras épocas, libros de Lovaina. Dos ejemplos: el de D. NYS, *La notion d'espace au point de vue cosmologique et psychologique*, Louvain 1901, ampliamente reseñado por M. Arnáiz; y el de M. DEFURNY, *La sociologie positiviste. Auguste Comte*, Louvain 1902, al que dedica un artículo B.R. CONZÁLEZ, «Un estudio sobre la sociología de A. Comte», en CD., 58 (1902), pp. 547-552.